

# VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA  
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN  
Cuatro Pesetas al Semestre

## ASPECTOS ESPAÑOLES

En el rojizo anochecer de una tarde de Junio, hemos presenciado uno de esos hechos, que pasan todos los días entre la indiferencia de la gente y que son, sin embargo, reveladores de un hondo problema social.

Bajábamos hacia Rosales, en la jardinera de un tranvía, buscando aire para los pulmones y reposo para el espíritu fatigado. El tranvía es, además de un vehículo relativamente cómodo, un sitio siempre propicio a la observación. ¡Cuántas de esas pequeñeces, que parecen insustanciales y son sin embargo toda nuestra vida, hemos aprendido en este democrático armatoste!

En esta tarde de que hablamos, hemos visto un obrero joven, como de veinte años escasos, con un libro bajo el brazo. Es un libro en rústica, que tiene en la cubierta, en un óvalo, el retrato de un hombre de inmensa barba gris y facciones grandes y abultadas.

El hombre es Carlos Marx; el libro es El Capital.

Repetimos los hechos: el lector es un obrerito joven, con la blusa blanca que nos lo presenta como un albañil probablemente; el libro es El Capital, ese engendro terrible y cándido al mismo tiempo, que se ha llamado la Biblia socialista; el autor es Carlos Marx, el primer hombre que dirige una proclama a todos los proletarios del mundo, en aquél célebre manifiesto comunista, que firma con su compañero Federico Engels, antes de la revolución francesa, del 48 el amigo de Blanc y Prohodon, el hombre a quien dijo Bakunin que era un tirano del proletariado.

¿Comprendeis la importancia de este hecho, que pasa todos los días ante la indiferencia de la gente, medrosa ante el fantasma rojo del sindicalismo?

El obrero que va a leer este libro es un hombre de pasiones pujantes, porque tiene veinte años; tiene latente en su espíritu el instinto de la rebeldía, porque es un obrero de la post-guerra; carece de una educación intelectual rígida, que le capacite para leerlo todo, porque es un hijo de trabajadores españoles.

Con esta preparación, va a leer la crítica de la economía política, escrita por un alemán, que vivió en Francia los días turbulentos anteriores a la revolución de los talleres nacionales, y que respiró en Inglaterra el desarrollo enorme del capitalismo y del espíritu de empresa.

¿Como va a comprender este obrero albañil—no es ni siquiera un tipógrafo—aquél cándido principio de la

unidad capitalista, forjado en la concepción materialista de la historia? ¿Como va a hacer latir las sienas y el corazón de este hombre, aquella profecía del *crak* capitalista, en virtud del falso principio de que hemos hecho mención? ¿Cuales odios no despertarán en su corazón aquella teoría, tan cierta, de la plus valía?

\* \* \*

Así, como en este caso concreto, se forja la instrucción de nuestro proletariado. Se salta, rápidamente, desde las primeras letras hasta estas concepciones atrevidas y sombrías, en las que se ofuscan inteligencias diestras y cultivadas y se tuercen voluntades templadas en la meditación.

Se engendra así—en la indigesta lectura y en la incomprensión de los discursos—el odio de clases, que no busca un fundamento razonable en el cerebro, sino una fuente en la venganza y un acicate en la imitación.

Se desentierran treinta siglos de injusticia y de privilegio, no para sacar una provechosa lección de experiencia, que nos enseñe una mas justa organización social y haga mas fácil y mas afectuosa la necesaria convivencia social, sino para recoger la herencia de latigazos y opresiones y lanzarla contra los opresores con un gesto vindicativo de amenaza.

Así el odio de clases, que imposibilita por completo la eficacia constructora de las nuevas doctrinas.

Se afirman de esta manera los hombres que han de hacer las terribles revoluciones inconscientes, que no ponen tasa a la sangre ni a la venganza. En cambio no se acierta a comprender la fiesta del 1 de Mayo que estableció Rus-Riu, ni la trayectoria espiritual de este hombre, que pasa del cultivo de la Estética al de la Sociología y de esta a la Pedagogía, por una necesaria derivación.

Y, mientras todo esto pasa, los gobernantes atienden a reprimir motines episódicos, sin preocuparse para nada de dar al pueblo una educación integral comprensiva de algo más que al alfabeto y las cuatro reglas de Aritmética.

Y eso, que hemos aprendido a mucha costa que es más peligroso que un pueblo analfabeto este otro semi-analfabeto, que sabe leer palabras pero no puede comprender juicios.

ALBERTO GARCÍA LÓPEZ.